

10-1-63
a ABC de Sevilla

1.963

13

VES 10 DE ENERO DE 1963. EDICION DE ANDALUCIA. PAGINA 26.

UN LIBRO DE UN PINTOR

El arte es una metáfora, que eleva el mundo real al plano del espíritu o hace descender el mundo espiritual a la región de los sentidos. La definición es tan válida para la literatura como para la pintura. Distintos son los medios de expresión de una y otra; idéntico el fin. "La pintura —afirma Simónides— es una poesía muda, y la poesía una pintura que habla."

No ha de extrañarnos que un artista del pincel coja la pluma para decirnos con palabras algunas cosas —y muchas más— que nos ha dicho con la forma plástica y el color.

Sebastián García Vázquez ha escrito un libro —"El pino de la calle Larga"—, que hemos leído y releído con verdadero deleite. Una obra cuyos méritos literarios ya exaltó oportuna y magistralmente Rafael Laffón, y de la que ahora queremos hablar nosotros, situados en un punto que está totalmente al margen de la crítica literaria.

Conocemos y admiramos la producción pictórica de Sebastián García Vázquez, plena de sinceridad y de sencillez, y rebosante de amor por las cosas de la creación divina y también por humildes y limpias realizaciones de la creación humana, que el artista andevalense representa según pautas formales del naturalismo, sin excluir la evocación de asociaciones sentimentales o idealistas.

La identidad entre la pintura y la literatura de García Vázquez es perfecta. Tenía que ser así, porque ambas son expresión de un mismo sentimiento, y porque no hay razones para un cambio, para una diferencia en el modo representativo o interpretativo.

En todo caso, lo que ha visto y sentido el pintor, lo que ha abarcado y penetrado con su mirada escudriñadora que ha traspasado lo epidérmico, alcanza en el libro ciertos grados y matices de expresión a los que no puede llegar la pintura.

"El pino de la calle Larga" es una cordial exaltación de la tierra natal del artista, Puebla de Guzmán. Una visión entrañable, impregnada de poesía, de sencillo lirismo, en la que paisaje, tipos y anécdotas se nos presentan en forma altamente sugestiva.

El libro, que, según palabras de su autor, es fruto de un amor que le nació en la cuna, está dedicado principalmente a la fiesta o baile del Pino, expresión deliciosamente ingenua del espíritu popular, en torno a la cual se tejen relatos de otros aspectos genuinos del lugar, que completan la panorámica del ambiente y del alma de aquel pueblo sencillo y laborioso.

Sebastián García Vázquez ha sentido largo tiempo el anhelo de escribir esta obra; anhelo frenado por la timidez durante muchos años. Congratulemosnos de que haya vencido este pudor. Los resultados del generoso esfuerzo justifican y compensan cumplidamente la tarea.

"El pino de la calle Larga" no es uno de tantos "pinitos" literarios intrascendentes. Antes al contrario, constituye un empeño rico en sugerencias de carácter humano y en calidades formales.

Los personajes, el ámbito en que se desenvuelven y las escenas que protagonizan forman un conjunto amable, atractivo, cuyos perfiles más destacados, cuyos detalles más significativos sabe reflejar, interpretar atinadamente el escritor, con estilo descriptivo de elegante sencillez y meridiana claridad.

Los cincuenta capítulos de "El pino de la calle Larga" son como otros tantos grandes cuadros, en los que brillan, sobre todo, la sinceridad y el amor, cualidades esenciales de la pintura de Sebastián, que se mantienen en su labor literaria con la misma pujanza que en su producción pictórica.

La luz diáfana, las formas modeladas en su plena corporeidad, el colorido justo de las telas de García Vázquez, están en las páginas de su libro, salpicadas de un humor de buena ley y ennoblecidas por el diseño psicológico de unos tipos "tan sencillos todos, que tan a las claras hablan y tan a la buena de Dios viven".

Advirtamos que la Puebla de Guzmán representada y evocada en "El pino de la calle Larga", es la de una época en que no habían llegado allí la radio, el cine y el automóvil.

El libro de Sebastián García Vázquez nos ha deleitado, y el pueblo descrito en él cuenta con todas nuestras simpatías. Modestamente, contribuimos a que se cumpla el anhelo del pintor al cambiar circunstancialmente el pincel por la pluma.

Manuel OLMEDO